

Nunca me pierdo “Intrusos”: acerca de la obsesión historiográfica por “el otro”.

Moira Pérez.

Cita:

Moira Pérez (2013). *Nunca me pierdo “Intrusos”: acerca de la obsesión historiográfica por “el otro”*. XVI Congreso Nacional de Filosofía (AFRA). Asociación Filosófica de la República Argentina, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/moira.perez/62>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pr0/eph>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XVI CONGRESO NACIONAL DE FILOSOFÍA (AFRA)

**GRISELDA PARERA
DIANA MARÍA LÓPEZ
SOL YUAN
(COMPILADORES)**



XVI Congreso Nacional de Filosofía (AFRA) / Griselda Parera et ál.; compilado por
Griselda Parera; Diana María López; María Sol Yuan
1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2015.
E-Book.
ISBN 978-987-692-064-3

1. Filosofía. 2. Educación Superior. 3. Actas de Congresos. I. Parera, Griselda II.
Parera, Griselda, comp. III. López, Diana María, comp. IV. Yuan, María Sol, comp.

CDD 107.11

Acerca de los compiladores

Griselda Parera

Doctoranda en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba. Comité Organizador,
XVII Congreso Nacional AFRA, 4-8 agosto 2015, Santa Fe.

Diana María López

Doctora en Filosofía. Secretaria XVII Congreso Nacional AFRA, 4-8 agosto 2015, Santa Fe.

Sol Yuan

Doctoranda en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. XVII Congreso Nacional
AFRA, 4-8 agosto 2015, Santa Fe.



Nunca me pierdo “Intrusos”: acerca de la obsesión historiográfica por “el otro”

MOIRA PÉREZ

UBA/UNLZ/CONICET

1. Introducción¹

Una concepción tradicional de la distancia histórica, plasmada en máximas apropiadas por cierta historiografía tales como “La verdad es hija del tiempo”, presupone y fuerza a dicho concepto como un prerequisite epistemológico para la escritura de la historia. La distancia histórica indicaría el punto óptimo de lejanía (entendida usualmente como temporal) respecto del objeto estudiado, capaz de garantizar la objetividad por parte del estudioso y, por lo tanto, producir un resultado lo más cercano posible a una verdad científica. El privilegio de la distancia se sostiene a partir de fundamentos epistemológicos, morales, metafísicos y estéticos, y lleva, entre otras cosas, a que la tarea historiográfica elija y se legitime a través de una obsesión con el estudio de un “otro”, a la manera de una temprana antropología que defendía una distancia (en ese caso, cultural) como prerequisite de su trabajo. Este objeto de estudio como “otro” epistemológico, moral, metafísico y estético es a tal punto tomado como punto cero de la tarea historiográfica, que en sí mismo el axioma rara vez es cuestionado. Al igual que en *Intrusos*,² y demás programas de las tres de la tarde, todo parecería indicar que lo que le da sentido a la profesión es hablar del otro, y que de no ser por este desdoblamiento sujeto/objeto, la práctica (de la historia, o del chisme) se desvanecería.

Sin embargo, esta obsesión -por “el otro” y por la distancia- no viene sin dificultades. En este trabajo voy a continuar el análisis que propuso el Simposio “Puentes, abismos, figuras: las distancias del pasado y los presentes de lo remoto” acerca del

¹ El presente trabajo fue expuesto en el XVI Congreso de AFRA, Buenos Aires, 2013, en el marco del Simposio “Puentes, abismos, figuras: las distancias del pasado y los presentes de lo remoto”. Agradezco a Nicolás Lavagnino y María Martini, coordinadores del simposio, por invitarme a formar parte, y al grupo *Metahistorias* por el trabajo conjunto, fundamental para el desarrollo que presento aquí.

² Este comentario, así como el título del trabajo, refieren a un programa de la televisión argentina, al aire desde el año 2001, en el que el conductor y un grupo de panelistas comentan las noticias del espectáculo y la “farándula”, mediante un rastreo de los eventos de la televisión y entrevistas a distintas figuras mediáticas.



lugar que ocupa la distancia en el estudio de la historia, centrándome en particular en esta fijación con el estudio de un "otro". ¿De dónde nació esta exigencia de otredad respecto de nuestros objetos de estudio? ¿Qué bagaje político trae consigo la canonización de la distancia como principio incuestionable del trabajo historiográfico? Suponiendo que efectivamente exista este "otro", ¿es posible realmente estudiarlo? ¿Es deseable? ¿Podríamos acaso pensar a la historia de otras maneras?

Para responder a algunas de estas preguntas, voy a comenzar por trazar un panorama desde la historiografía llamada "tradicional" o "hegemónica", con particular atención al lugar que otorga a ese "otro" y a la "distancia" como garantía de cientificidad. Posteriormente, voy a concentrarme en algunas críticas a dichos marcos, principalmente provenientes de la filosofía de la historia y el pensamiento queer. La epistemología *queer* (en parte naciente, en parte existente: ver por ejemplo Haraway 1991) contribuye a la revisión crítica de los presupuestos y metodologías de las ciencias sociales y de la historia, exponiendo su genealogía y presupuestos, con particular atención al lugar de la otredad y la relación sujeto/objeto en las ciencias sociales y naturales. En este caso, el marco *queer* nos puede servir para entender qué implica la exigencia de objetividad, y por qué se identifica a ésta con la distancia y la necesidad de un objeto de estudio "otro". Desde el punto de vista político, además, nos va a ayudar a comprender cuáles son los intereses por los cuales se crea la ilusión de distancia y otredad y se ocultan las huellas de estas exigencias, tornándolas en uno de los principales axiomas de la profesión historiográfica.

2. La historiografía y su objeto como "otro"

Para comenzar el análisis, indagaré en lo que está por detrás de esta noción de "otro". A primera vista, parecería ser que la historia estudia un "otro" porque trabaja sobre personas y eventos de los que nos separa una cantidad más o menos estándar de tiempo. Sin embargo, cabe preguntar: ¿la otredad es realmente sólo temporal? Es decir, ¿el "otro" de la historiografía se constituye como tal solamente a partir de su separación histórica del presente? Si esto fuera cierto, tendríamos que reconocer, tal vez, que cualquier persona que aborde un objeto histórico lo entenderá con igual "desapego" debido al lapso temporal que los separa.

Autores tales como Mark Salber Phillips (2011) nos sugieren que la distancia debe ser entendida como algo plástico, vinculado no sólo a la temporalidad sino también a otras esferas tales como el modo de elaboración, la afectividad, las implicancias para la acción y, por supuesto, los modos de conocimiento y comprensión.



En la exigencia de estudiar a "un otro" lejano temporalmente se esconde, en realidad, una demanda (¿ilusión?) de "un otro" afectivo, ideológico, y cognitivo.

Más allá del contenido mismo de esta exigencia de otredad, es importante no perder de vista que la canonización de la distancia y la otredad como prerequisites epistemológicos tiene su propia génesis histórica, y su carga política. Para comprender esta obsesión, entonces, será útil emprender un trabajo genealógico, intentando rastrear la gestación de esa exigencia, a qué intereses respondía en el momento de su constitución, y cuáles son los mecanismos por los que se reproduce con efectividad en nuestros tiempos.

Diversos especialistas coinciden en apuntar al siglo XIX como aquél que dio nacimiento a la historiografía tal como la entendemos actualmente. Con el surgimiento de los Estados Nación, los grupos hegemónicos emergentes encargan a una nueva élite de "historiadores profesionales" la tarea de configurar un relato unificado que legitimara el nuevo orden y fijara una identidad nacional con su propia genealogía. De esta manera, se pretendía establecer una nueva "ciencia histórica" que pusiera fin a la multiplicidad de producciones divulgadas hasta aquel momento por autores *amateurs*, imponiendo en su lugar un riguroso método de investigación. Se adopta la narración como modo de presentar los resultados, y se defiende su neutralidad: se trata de investigar el pasado "por sí mismo", como "objeto de contemplación" (White, 2010) y no, aparentemente, en función de intereses presentes o futuros. Todo trabajo acerca del pasado que no cumpliera con estos requisitos quedaba así arrojado al ámbito de la "ideología", y no obtenía las credenciales de la nueva ciencia (Koselleck, 1979).

Entre las características propias de esta historia "científica" podemos citar (incorporando los aportes de Berkhofer, 1995; Jenkins 1997; Bravmann 1997): su realismo (el pasado "realmente existió"); su empirismo (la tarea del historiador es describir la realidad pasada, no construirla); su objetivismo (se aspira a un conocimiento objetivo de la realidad); su documentalismo (utiliza documentos y archivos como fuente privilegiada de información, siguiendo la vieja máxima de "*ad fontes*"); y, además, la idea de que la tarea del historiador debe ser "por sí misma" y no en función de intereses externos o presentes, ni distorsionada por reflexiones teóricas (por ejemplo, de "metahistoria" o de filosofía de la historia).

Incluso cuando se reconoce que no todos estos principios son posibles en la práctica historiográfica concreta, se mantienen como ideales a los que toda representación del pasado debería aspirar. Se trata de preservar un estudio "científico" del pasado, en torno a un objeto pensado como "otro": lejano, cognoscible sólo a través de un archivo; separado de los intereses presentes, para garantizar un saber



“por sí mismo”; transparente y autónomo de nuestra interpretación, ya que hablamos de un conocimiento empirista y realista. Todas las columnas que sostienen la distancia como valor supremo de la historiografía, sostienen también al “otro” como *objeto* (no sujeto) privilegiado de estudio: se trata de una necesidad epistemológica (sólo con una cierta separación objeto/sujeto se podrían comprender correctamente a los eventos o protagonistas), moral (sería irresponsable por parte de quien estudia el pasado adentrarse en un objeto que no permita la máxima precisión), metafísica u ontológica (ya que conlleva una cierta noción del tiempo en términos lineales, según la cual los hechos se acumularían unos sobre otros conformando lo que denominamos “el pasado”, entidad diferenciada del “presente”) e incluso estética (la belleza de estudiar algo diferente y desconocido, casi un fetiche de la profesión historiográfica).

En este sentido, podríamos decir que si la historiografía se obsesiona con el otro, es porque sólo hablando de un “otro” puede sostenerse como disciplina (entendida, claro, en su concepción más tradicionalista). Al igual que en *Intrusos*, entonces, hablar de un otro es lo que justifica no sólo un modo de trabajar, sino la existencia misma como disciplina dentro de la sociedad. Si dejáramos de hablar de un “otro”, dejaríamos de ser “ciencia histórica”, y dejaríamos de ser “historiadores”.

Ahora bien, si reflexionamos acerca del paralelismo con *Intrusos*, intentando llevarlo más allá de un mero recurso figurativo, veremos que también existe otra utilidad latente en que la indagación sea sobre un “otro”, sobre lo diferente de sí. En los programas de las tres de la tarde, parte de la efectividad de la exhibición del otro, es que en esta diferenciación la decadencia, la desgracia o la falta queden del lado del otro, como recurso – explícito o no – de ensalzamiento de quien habla y de su auditorio. El otro, tal como nos enseña la teoría *queer* y el pensamiento de la subalternidad, es necesario para poder depositar en él el polo negativo de todos aquellos valores que se quieren defender desde “lo uno”.³

En el caso de la historia, este recurso puede ser de utilidad en la construcción de relatos de transformación o progreso, en las que quien habla desde el presente elabora una narración que le ofrece un lugar destacado respecto de aquello que quedó en el pasado. Esto es explicado con gran lucidez por Claire Hemmings en *Why stories matter* (2011), donde pasa revista de tres modos diferentes de relatar la historia del feminismo: como progreso, como caída, o como retorno. En los tres, la narración resultante deja a quien habla en un lugar privilegiado, ya sea de superación, de vanguardia iluminada, o de minoría incomprensida pero luchadora: “qué

³ Al respecto, puede verse una teorización temprana en Rubin (1999).



historia contamos acerca del pasado está siempre motivado por la posición que una ocupa o quiere ocupar en el presente", ya que "estas historias describen y ubican no sólo a eventos y escuelas de pensamiento, sino también a los *sujetos* feministas" (Hemmings, 2011: 13). En este sentido, la reivindicación de qué sucedió en el pasado es también una reivindicación de estatus individual (Hemmings, 2011: 5). Bajo esta luz, entendemos a "lo otro" como aquello que va quedando (o que vamos dejando) en el camino, los sitios en los que decantan las cualidades de las que quiere diferenciarse quien habla desde el presente.

Llegamos así a dos respuestas posibles a la pregunta de por qué el historiador (y el panelista de *Intrusos*) necesitan referirse a un "otro": la legitimación de su propia disciplina y de su existencia profesional, y el ensalzamiento de su propia realidad respecto de aquella que se entiende como distante y negativa.

3. Tramar otras historias desde la filosofía de la historia y el pensamiento *queer*

La propuesta de las historiografías que defienden esta noción de distancia es garantizar la objetividad de la disciplina a través de la construcción de un "otro", y de la trabajosa diferenciación respecto de él. En relación con estas posturas, en lo que sigue quisiera detenerme sobre tres problemas: la creencia de que la objetividad es posible, que es deseable, y que se la logrará estudiando a un supuesto "otro".

Estos puntos, y la idea misma de objetividad en la historiografía, han sido blanco de críticas por parte de diversos movimientos, incluyendo la Nueva Filosofía de la Historia (Ankersmit, 1986), en la que abrevia mi investigación. Surgida en la segunda mitad del siglo XX, esta corriente propone un replanteo radical de la tarea de la historiografía y sus compromisos políticos, éticos, estéticos y metodológicos. De manera similar, la teoría *queer*, los estudios de género y el poscolonialismo cuestionan las epistemologías tradicionales y se aúnan con aquella en su llamado a reconocer y retomar nuestra responsabilidad política, explicitando las filiaciones y explotando las posibilidades empoderadoras del trabajo de las ciencias sociales. En todos los casos, se ofrecen herramientas para analizar críticamente los discursos existentes, resignificarlos en positivo, y elaborar modelos alternativos.

Más allá de las reflexiones epistemológicas y políticas más generales, el pensamiento *queer* aporta también una crítica concreta y directa a las prácticas historiográficas institucionalizadas dentro del colectivo LGBT. En una primera instancia, éste



tendió a buscar un lugar dentro de las representaciones canónicas del pasado, en lugar de cuestionar los modos mismos de hacer historia. Es lo que se dio en llamar "gay and lesbian history", un tipo de historiografía que tomó como tarea la búsqueda de personajes e hitos de disidencia sexo-genérica a lo largo de la historia para incorporarlos al "panteón". Hoy en día, autores tales como Halberstam (2011) han hecho notar el peligro de seguir buscando héroes, en lugar de replantearse la idea misma de "éxito" o un modelo de historia liberal según el cual, por ejemplo, los eventos históricos son individuales y puntuales, en lugar de colectivos o procesuales.

Por otro lado, un marco *queer* puede contribuir a evitar riesgos recurrentes en las representaciones del pasado, en los que cayeron incluso aquellas historias "gay and lesbian" y gran parte de la historiografía feminista de la segunda mitad del siglo XX. Me refiero por ejemplo al recurso al esencialismo, mediante el cual la historiografía se ocupó de rastrear alguna especie de "esencia" homosexual a lo largo del tiempo; o a la ya desgastadísima idea de progreso que, si bien ha sido criticada por gran parte de la historiografía contemporánea con su "fin de los grandes relatos", de todos modos sigue vigente bajo formas más veladas en lo que Keith Jenkins (1997) ha llamado "historia con minúsculas". Otro punto con el que se puede polemizar desde una perspectiva *queer*, es la pretensión de crear relatos radicalmente nuevos: la idea de que es posible adoptar un lugar ya no neutral, pero sí fundamentalmente novedoso, para pensar el pasado. Acá, la otredad no se da tanto respecto del objeto de estudio, sino más bien respecto de los relatos anteriores que se pretende reemplazar. Desde una perspectiva *queer*, lo que podemos hacer es más bien sumar (no sustituir), releer y reescribir (no borrar) las historias que existen, tal vez explotando los desplazamientos inherentes a toda cita, para meter una cuña política en el contexto de la repetición.

Un aporte interesante en este sentido es el que ofrece Nan Alamilla Boyd (2008) en su análisis de las estrategias de la historia oral, elegida por muchas representaciones de la disidencia sexo-genérica, debido a las limitaciones que ofrecen las fuentes y archivos tradicionales para quien quiera estudiar a estos sujetos. Boyd se ocupa de explicitar los desafíos que una perspectiva *queer* ofrece a estrategias fundamentales en historia oral, tales como su dependencia de cierta idea de auto-conocimiento (quien cuenta su propia historia debe dar cuenta cabalmente de una experiencia pasada, "otra", separada del presente), o la idea de comunicación más o menos transparente entre relator e investigador (cimentada en gran medida en la separación uno/otro). Específicamente en relación con el objeto de estudio de estas historias, vale pensar también en el presupuesto de un vínculo directo entre prácticas sexuales



e identidad a lo largo de la historia (el peligroso deslizamiento entre considerar que se estudia una serie de prácticas, y afirmar que se rastrea una identidad).

Finalmente, es interesante pensar la exigencia de otredad del objeto, en relación con los usos de la historia para el presente – por ejemplo, la tradicional idea del estudio de la historia (y los errores del pasado) como lección para el presente, o para imaginar futuros posibles en nuestras comunidades. Incluso si fuera posible pensar en una división neta uno/otro (esa división necesaria para cimentar una *ciencia* histórica), quedaría la duda de si sería deseable: ¿Qué sentido tiene exigir que nuestro trabajo sea sobre un objeto "otro" distante, si lo que buscamos es la comprensión de nuestra realidad? ¿No sería más fértil, en miras a la construcción de futuros posibles, estudiarnos a nosotros (al "uno"), indagar en aquello más cercano ideológicamente, afectivamente, temporalmente?

En este sentido, y en los vistos hasta acá, la perspectiva *queer* viene a enriquecer y seguir el trabajo emprendido por la Nueva Filosofía de la Historia, ayudándonos a repensar nociones tan básicas para el estudio del pasado como la división sujeto/objeto (acá entendida como uno/otro), la temporalidad, la objetividad como pauta e ideal, y el rol del historiador como trabajador inserto en un presente sobre el que, queriendo o no, interviene.

Referencias bibliográficas

- Ankersmit, F.** (1986), "The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History", *History and Theory* 25: 4: 1-27.
- Berkhofer, R.** (1995), *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, Londres: Harvard University Press.
- Boyd, N. A.** (2008), "Who is the subject? Queer Theory Meets Oral History", *Journal of the History of Sexuality*, 17: 2: 177-189.
- Bravmann, S.** (1997), *Queer fictions of the past*, Londres: Cambridge University Press.
- Halberstam, J.** (2011), *The queer art of failure*, Durham y Londres: Duke.
- Haraway, D.** (1991), "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", en Haraway, D., *Simians, Cyborgs, and Women: the Reinvention of Nature*, New York: Routledge: 183-201.
- Hemmings, C.** (2011), *Why Stories Matter. The Political Grammar of Feminist Theory*, Durham y Londres: Duke University Press.



- Jenkins, K.** (ed.) (1997), *The postmodern history reader*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Koselleck, R.** (1979), *Futuro Pasado*, Buenos Aires: Paidós.
- Philips, M. S.** (2004), "Distance and historical representation", *History Workshop Journal* 57: 123-141.
- Philips, M. S.** (2011), "Rethinking historical distance", *History and Theory* 50: 11-23.
- Rubin, G.** (1999), "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality", en Parker, R. y Aggleton, P. (eds.), *Culture, Society, and Sexuality: A Reader*, Londres: UCL Press, pp. 143-178.
- White, H.** (2010), *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires: Prometeo.